

desprecia y olvida al que por sólo esos sacrificios, que él no es capaz de comprender, pretende que la nación le arroje un mendrugo de pan.

Juanito estaba muy preocupado por las frases del mendigo, porque también tenía un hermano y pensaba si éste obraría así con él algún día.

Y cavilando de ese modo, daba mil vueltas en la cama; pero pudieron más el cansancio y los pocos años y se quedó dormido.

No tardó mucho en verse levantado y con un traje de militar sobre una silla como si estuviera preparado para que él se vistiera.

Junto al traje había una carta cuyo texto era próximamente el que sigue:

Querido Juan:
«La patria está en peligro y aunque tú sólo serás un soldado, un fusil más para su defensa, te invito por si quieres ir a defenderla, dando tu sangre, tu porvenir y tus afecciones por ella.»

Tuyo, Manuel.

A Juanito le hirvió la sangre en las venas de tanto entusiasmo y alegría como experimentó al considerar que podía ayudar algo en la defensa de la nación.

Fué a vestirse de soldado para ir a la lucha.

Pero en esto vio en otra silla un magnífico traje negro y un gabán de pieles, encima de los cuales había otra carta.

Juanito, cuya curiosidad se había picado, la leyó.

Amado Juanito:
«Ya que tu hermano en un arranque de inocente entusiasmo se ha marchado a la guerra, quédate tú y considera que hay mil medios de ser útil al estado.»

«Gobernando a la nación y dirigiéndola en tan críticos momentos, harás un inmenso beneficio sin exponerte, ni tener que renunciar a los goces de la vida.»

Además, la recompensa será inmensa, honores, gloria, tranquilidad y oro.

Tuyo, Adolfo.

Juanito vaciló un momento; pero se decidió al fin y se puso el traje negro y el gabán de pieles.

Cuando estaba vestido vio el traje de soldado sobre la silla.

—Mi hermano! —gritó acordándose del mendigo y del exministro.

Se despertó y entonces comprendió que había sido un sueño; pero un sueño no irrealizable; pues él no tenía cordón para eso.

Cuando Juanito fué hombre y re-

cordaba en su despacho de ministro aquel ensueño, miraba tristemente a los soldados que pasaban por la calle.

Pero muy pronto se reponía, diciendo:

—¡Bah...!

Miguel Matz.

RAPIDA

La rosa murmuró tristemente, inclinándose hacia su tallo, mientras los rayos del sol nos envolvían como finísima lluvia de oro pulverizado.

—Queréis cogerme demasiado pronto: apenas se ha abierto mi capullo entre los primeros fulgores del alba y aún quedan en mis pétalos algunas gotas del rocío matutino. No, no me cojais aún, ¿No hay atrás flores en este perfumado recinto? Mirad: á mi alrededor hay jacintos, claveles, jazmines... Casi todas esas flores no sentirían ser cogidas, pero yo... una flor joven, apenas abierta, con esperanzas, con ilusiones... no quiero que mi existencia se marche enseñada en un dorado búcaro japonés! Dejadme... Dejadme gozar los placeres que se me ofrecen, y embriagar con la dulzura de mis perfumes á las mariposas... ¡Dejadme vivir!...

Yo la respondí:
—Estoy en proceso, querida flor, por lo razonable de tus quejas, y si pudiera, créeme que apartaría mi mano que te amenaza; pero debo elegir para ella, para Eloísa, la más encantadora flor de este jardín, y nadie podrá impedirme cumplir con mi deber.
—Pero —dijo la rosa— ¿es para Eloísa para quien deseas cogerme?

—Sí.
—Eloísa —repuso— es la joven que se pasea todas las mañanas por este jardín, con un peñador de encajes tan perfumado que las brisas se apartan de nosotras.

—La misma.
—Eloísa —es la joven que encanta al día con su sonrisa y oscurece al sal con los destellos de su mirada?

—Sí.
—¡Oh! En ese caso, cogedme; sí, lo consiento, lo quiero, lo ambiciono: no echaré de menos el batir de alas de las mariposas, ni las brisas embriagadoras, con tal de que ella se digne posar sobre mis pétalos su boca de rosa... semejante á los labios de una mujer.

R.

EDUCACIÓN DE LA MUJER

Mucho se ha discutido y se discute aun en nuestros días acerca de la enseñanza de la mujer y sobre la nece-

sidad de aquella en la misión que ésta desempeña en el común concierto de las sociedades modernas. No rechazaremos aquellas opiniones egoístas que sostenidas en su mayor parte por ser faltos de verdaderos talentos, condenan á la ignorancia á la bella mitad del género humano; ni admitiremos tampoco, en absoluto, otras opuestas teorías de hombres ilustrados, concediendo á la mujer un puesto en la escala de la consideración social como ser igual al hombre por su naturaleza y su fin. Unicamente nos proponemos hacer algunas consideraciones sobre tan vital asunto, exponiendo libre y sencillamente nuestra opinión.

Busquemos en el origen de las sociedades, y rasgado el velo de la obscuridad de los tiempos, veremos á través de los siglos los pueblos primitivos ¿qué era la mujer en aquellas edades? —la sierva del hombre, sin libertad para pensar, sin derecho para sentir, sin voluntad para querer ó no querer. Relegada á las funciones de la esclavitud y sujeta por deber á la voluntad ó capricho de su dueño, carece de sentimientos y de afecciones, no porque no pueda darles cabida en su alma, sino porque se la priva de experimentar unos y otras; nada puede haber en ella de noble y delicada porque la fuerza que el destino le coloca le priva ó mejor dicho le roba la potestad de adquirir los medios necesarios de educar y cultivar los sentimientos superiores del alma. Á fin de que dando libre curso á otra esfera donde realizar pudiese, cual cumple á su destino, los deberes de hija, esposa y madre.

Pero, á medida que los pueblos van perfeccionándose, no solo en lo que concierne á la administración y buen acierto de sus gobiernos, sino en lo que respecta al desarrollo intelectual y moral de sus habitantes, á medida que las sociedades van avanzando en la senda del saber humano, la mujer va adquiriendo importancia y ganando palmo á palmo el camino que ha de seguir en el porvenir.

Brilla el sol de la civilización moderna, y alumbrando, con sus dorados rayos, los dilatados horizontes de la inteligencia humana, hace surgir la necesidad de la educación é instrucción de la mujer, para que pueda llenar la misión á que está llamada en la gran obra de la regeneración social.

La mujer ha nacido para la casa y para la familia; no pretendemos negarlo; pero también es cierto, que ha nacido así mismo para la vida de la ilustración y para que respire el ambiente de la sociedad; y si los pueblos salvajes la condenan aún á ser esclava

